

GLOSARIO

EL número extraordinario de «Atenea» obtuvo un éxito que superó nuestras mejores expectativas. No es lo corriente que una revista literaria agote algunas de sus tiradas e infinitos lectores busquen días después que aparece la edición, por todas las librerías, los ejemplares de la revista. Esto no acontece entre nosotros sino por excepción y sólo con libros de escándalo o novelas de clave. Podemos ahora recabar para ATENEA este honor doblemente interesante puesto que se trata de un volumen de pura expresión literaria en su más alto sentido, y un esfuerzo de cultura que recoge lo mejor de nuestras letras nacionales. Así lo han entendido todos, lectores y críticos. Lo mismo el lector ignorado que sigue nuestros pasos, mes a mes sin que siquiera sepamos su nombre y que simboliza a ese espíritu curioso y ejemplar que nada desprecia del carácter y de la vida intelectual chilena y el hombre que ocupa una situación superior por su obra de cultura, sea en la cátedra o en la prensa. Todos han hecho llegar hasta nosotros su voz de estímulo o sus palabras elogiosas. Pero mejor que nosotros hablarán los que en la prensa juzgaron el esfuerzo que significa el número 100 de nuestra Revista.

Reproducimos en seguida algunos fragmentos de los juicios:

De ALONE en *La Nación*:

EL CENTENARIO DE ATENEA

Pueden creer que se han sacado el número gordo los que compren el último número de la Revista *Atenea*. Más de trescientas páginas de lectura escogida, variada, interesante, al mismo precio de siempre, constituyen un regalo extraordinario. En su año décimo y su centésima entrega; la ilustre publicación mensual de «ciencias, letras y artes», única en el país por su calidad y digna

de figurar entre las mejores del continente, nos ha ofrecido una prueba de vida tan robusta como generosa.

Sin embargo, el conjunto, que tiene cierta coherencia y como intenciones de examen o balance general, deja una impresión de tristeza indefinida, distante del optimismo.

Predomina la reflexión preocupada, la inquietud nacional.

Quéjase don Enrique Molina, con pruebas al canto, de la pésima impresión que sobre Chile y los chilenos—o las chilenas, menos una chilena—ofrece el libro de Waldo Frank, el ligero anticapitalista que nos visitó a vuelo de avión, conmovido todavía por su entrevista con Victoria Ocampo. Los estudios de Melfi y Mariano Latorre, acerca de Blest Gana, anotan la amargura de *Los Transplantados* en que culminan la obra del gran novelista. Mari Yan en una fiesta en París, oye palabras siniestras a un profeta elegante.

La esperanza de reacción que expresa Picón Salas en su *Intuición de Chile* asienta en el escepticismo de las actuales generaciones y parece un simple buen deseo. Otros ensayistas y comentadores de la actualidad o del pasado, en el terreno literario, en el educacional, en el de los simples fenómenos sociales, repiten, más o menos, la misma nota, sin que falte, por cierto, la protesta, ya estereotipada, de los autores contra los críticos «ces péleux, ces gaeux d'ou nous vient tout le mal»...

Suele ser el pesimismo una de las formas de la pasión de interpretación, podríamos decir a Alone. Esa inquietud nacional que advierte como un *leit motiv* en la serie de trabajos es precisamente, la preocupación por el destino del país que desde hace un tiempo a esta parte, agita a los escritores chilenos. Por lo menos a un grupo de ellos. Analiza más adelante Alone los interesantes trabajos de Ernesto Montenegro y Fernando Santiván, dedicándoles una larga glosa. Lo merecen.

De MANUEL VEGA, en *El Diario Ilustrado*

«La Revista *Atenea* ha celebrado sus cien publicaciones con un número extraordinario, que llama la atención no sólo por su volumen—más de trescientas páginas—sino también por la variedad y calidad de sus artículos.

No es común que las revistas literarias de arte, historia o filosofía,—sin «monos» como dice el vulgo—tengan larga vida entre nosotros. El público, la gran masa de lectores, prefiere el semanario ilustrado, ligero, insulso, que sólo atiende a la actualidad pasajera de los hechos. La vida del espíritu no existe para esas publicaciones. De ahí que la subsistencia de *Atenea* y los valiosos servicios que ella ha prestado al desarrollo general de nuestra cultura, sean dignos de subrayarse en esta ocasión «centenaria».

Una buena revista vale tanto como un libro, y a veces más que un libro. Llega, desde luego, rápidamente a mayor número de personas; satisface gustos y tendencias diferentes y, en todas partes, va dejando como una perenne vibración de inquietud... También recoge las inquietudes que atraviesan el ambiente, las impulsa y les da forma, según los casos. Da y recibe, siempre. Podría decirse que, en cierto modo, una buena revista provoca co-

rientes de ideas y acerca las almas de los artistas y pensadores que, sin su concurso, vivirían alejados o se mantendrían incomprendidos y no se revelarían, unos a otros, su emoción o su verdad.

En el comercio intelectual del mundo, la revista literaria desempeña el papel del más noble y simpático de los intermediarios.

Y *Atenea* ha sido eso, en este país.

«Algunos artículos de este número especial, son fragmentos de memorias, amables evocaciones de cosas vistas y vividas, Fernando Santiván recuerda los albores de la colonia tolstoyana y, al pasar, dibuja dos finas y conmovedoras siluetas que se desvanecen a través de los años. Augusto Thompson y su abuela, «Sus viejos amigos—escribe Santiván—recordarán, sin duda, «aquellas sesiones del Ateneo en que Augusto llegaba a la desbordante sala-teatro de la Universidad, dando el brazo a una viejecita menuda, de rostro «fino y alargado, de tez blanquísima, aunque no tanto como los cabellos «albos, aplastados bajo la capota sencilla. La fisonomía era como la expresión misma de la dulzura y de la bondad. Dos pedacitos de cielo asomaban «por aquel marco de plata ennoblecido por la pátina de los años. En el «miciclo desbordante, aquel mozo alto y esbelto, de testa byroniana, sirviendo de báculo a esa viejecita de aspecto distinguido, constituía un cuadro que provocaba respetuoso y admirativo silencio, seguido de un murmullo aprobador. Y luego, en el momento en que el novelista era llamado «para ocupar la tribuna, erguía un instante en medio de la expectación «general, depositaba un beso en la frente de la abuela y subía las gradas «con airosos movimientos de doncel trovador». Mari Yan rememora *Una noche en Montmartre*. Es una página delicada y elegante, emotiva y melancólica a ratos. No faltan tampoco los estudios serios, dignos de meditación y que arrojan luz sobre muchos problemas literarios nacionales, como son los que analizan Ernesto Montenegro, Januario Espinosa, Oscar Vera, Luis Durand, Carlos Préndez Saldías y algunos otros. Dos ensayistas, Mariano Picón Salas y Luis David Cruz Ocampo se asoman, por un momento, a nuestra realidad política, de ayer y de hoy, y hacen agudas reflexiones, discutibles tal vez, pero novedosas y sugerentes en todo momento. Recordemos aún un excelente artículo de don Enrique Molina a propósito de Waldo Frank y aplaudamos la idea de reproducir en este número los dos trabajos, concienzudos y bellos, de Mariano Latorre y Domingo Melfi sobre don Alberto Blest Gana».

De *La Nación*, en un artículo firmado M. E. :

Atenea es, desde hace diez años, la tribuna exclusiva, del arte y del pensamiento de la presente generación chilena. Renunciando de propósito a las banalidades de lo gráfico y lo noticioso, ha concentrado su programa en una obra de estudio y examen de la realidad nacional, sin renunciar por esto a acoger las amplias corrientes culturales de todos los climas y todas las razas.

En este sentido el Índice General que promete *Atenea* para pronto, ha de contener una rica galería de temas y de personalidades extranjeras y nacionales, de las que trabajan por una orientación más precisa de nuestro espíritu y por un perfeccionamiento continuo de nuestra expresión artística. Tal programa ha de encontrar, naturalmente, dificultades de todo orden en un país donde los elementos de alta cultura son todavía escasos; y la obra habría sufrido en su continuidad como tantas tentativas anteriores, si no se

hallara desde sus comienzos espaldeada por una institución que es en sí misma otro ejemplo de una voluntad orientada hacia un ideal cultural: la Universidad de Concepción.

Al consejo directivo de la Universidad penquista, que es su inspiradora y sostenedora, y al prestigio intelectual y el limpio carácter de su director local, Domingo Melfi, debe *Atenea* seguir ocupando el primer lugar entre las publicaciones chilenas de arte, literatura y ciencia, y también uno de los más altos entre las grandes revistas del continente.

Así se ha comprobado muchas veces en los ecos que nos llegan del extranjero, y vuelve a confirmarlo ahora la sorprendente acogida que tiene el número especial conmemorativo, que está por agotarse en pocos días. Estamos seguros que tan entusiasta acogida ha de ser el mejor aliciente para que los directores de *Atenea* redoblen sus nobles y desinteresados esfuerzos por el mantenimiento y el progreso indefinido de esta alta tribuna intelectual con que se honra Chile desde hace un decenio».